

43/44
45/46

Lingüística y Literatura

Departamento de Lingüística y Literatura
Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

M. M. Jaramillo; L. F. Macías; S. S. Arango R.
C. Marchello-Nizia; M. C. González R., M. C. Henríquez G.;
F. Estrada G.; J. I. Henao S.; Ó. Castro G.; C. García Z.; J. Nieto

Año 24, N.º 43/44 enero-diciembre, 2003

Año 25, N.º 45/46 enero-diciembre, 2004

2006

LINGÜÍSTICA

Análisis lingüístico de narraciones del habla coloquial. El punto de vista o las estrategias evaluativas en el caso de "la bonanza" en la Guajira

81

María Claudia González R.

María Clara Henríquez G.

John Langshaw Austin: Evolución, Comunicación y Lenguaje Cotidiano

169

Fernando Estrada Gallego

LECTURAS

Leer y escribir en la universidad, tema actual y polémico

199

José Ignacio Henao Salazar

Por las tierras del cóndor y del águila negra
de Mario Rey, Presentación

204

Óscar Castro García

Varela Ortega, Soledad. *Morfología léxica: La formación de palabras*. Madrid: Editorial Gredos, S. A., serie Enseñanza y Lengua Española, 2005; 128 pp.

210

Carlos García Zapata

Habitar la ciudad: padecer la angustia.
Un texto sugerido por otro texto

216

Judith Nieto

Por las tierras del cóndor y del águila negra **de Mario Rey**

Óscar Castro García

Mario Rey Perico nació en Cali en 1955. Licenciado en Educación (Literatura), Universidad Santiago de Cali. Maestro en Letras (Literatura Iberoamericana), Universidad Nacional Autónoma de México, con mención honorífica. En la actualidad, escribe su tesis doctoral *Álvaro Mutis y Maqroll El Gaviero: un desesperanzado navegador entre dos mundos*.

Desde hace más de veinte años, Mario se radicó en México, Distrito Federal, donde también se ha dedicado con ahínco a las relaciones culturales entre México y Colombia, pero, ante todo, al conocimiento y divulgación de la literatura, el arte y la cultura colombianos en México. En este propósito fundó y dirigió la semana Cultural de Colombia en México, que infortunadamente tuvo que clausurarse; y en esta misma tarea fundó y dirigió la revista cultural latinoamericana *La Casa Grande*, la cual también dejó de circular. Además, en su labor cultural en México se ha dedicado a la literatura y a la infantil en especial, labor en la que fundó las revistas *Litoral sur*, *Érase una Vez* y *El Periódico de los Niños*, así como la Editorial Rey Momo.

Como escritor, ha publicado los siguientes libros: *Las aventuras del zoológico ilógico*, *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana* y *Miniaturas y otros poemas*; y artículos y entrevistas en publicaciones norteamericanas, mexicanas y colombianas.

Por las tierras del cóndor y del águila negra es su primera novela, sobriamente editada y publicada por la Universidad del Valle (Cali, 2006), con una bella ilustración en la portada. Consta de 327 páginas y narra una saga familiar, en la que se confunden las voces de quien indaga, husmea y entrevista a todo familiar que se le atraviese, y de quienes son entrevistados o interrogados, en esa carrera contra el tiempo, en esa búsqueda desesperada por conocer y aclarar un pasado, tratando de desenredar el rompecabezas familiar que, para el nieto, escritor y entrevistador Mario Rey, como se llama, es decir, para el último de la generación, se vuelve una obsesión. Porque entre más indaga más se oscurece o se reproduce la cadena infinita de abuelas, abuelos, tíos, madres, amantes, hijos y nietos que parecen los mismos aunque son varios, a partir del vástago Pedro Pablo, abuelo, gran padre, padrón y eje de la familia. De ahí que al leer la novela, el lector se confunda en más de una ocasión: así, al principio, parece que el niño campesino que, en mediados del siglo pasado contempla la ciudad como un descubrimiento desde que se traslada a la sabana de Bogotá, sea el mismo narrador, cuando resulta que el que narra es el nieto de quien llegó a una ciudad aún campesina, de costumbres pueblerinas, provinciana y en formación, que era la Bogotá de principios de siglo. Pero luego no es el abuelo ni el nieto, sino Pablo, el padre del narrador que, apegado a su padre, es decir el abuelo, ve en él su apoyo fundamental. Niño que tempranamente descubre al otro, esa niña Ana Milena que se difumina en el secreto del cuarto de donde el padre lo saca para seguir su entrada en la ciudad.

En ese primer capítulo o parte —el libro se divide en veintitrés partes, distinguidas por el blanco y las primeras palabras en letra versalita y en negrilla de cada una—, también se da la primera marca del tiempo-espacio de la escritura en México, a fines del siglo xx y comienzos del xxi. El narrador, ahora confundido con el autor, se busca en el pasado y trata de conciliar ese tiempo ido con el presente en México, en otra vida en la que la imagen de su familia: sus padres y el abuelo Pedro Pablo ocupan su recuerdo por medio de las fotografías.

Pero no es del caso resumir el argumento de la novela, tarea para los lectores que desearán esclarecer ese mundo en el que, a lo mejor, verán reflejada gran parte de sus vidas, pues casi todos somos emigrantes-inmigrantes de las ciudades porque a ellas llegamos o llegaron nuestros antepasados, de pueblos o municipios sin futuro y sin oportunidades; o de los pueblos, porque a ellos emigraron centenares de familias que huían de campos desolados por la violencia política y por el abandono del Estado. Y así, quizá, también Bogotá, la capital, entenderá por enésima vez cuál es su pasado, y quiénes y cómo poblaron y formaron esa gran ciudad que es hoy; y el país de Colombia se verá reflejado en los principales acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo xx, cuando se incubó y desarrolló la violencia que ahora nos asuela y nos azota. Por algo, en el último capítulo mueren los grandes abuelos, Pedro Pablo y su abuela Agustina, y también es asesinado Jorge Eliécer Gaitán en una calle céntrica de Bogotá.

Quiero destacar algunos elementos que he descubierto en esta lectura de la novela:

1. La obra lleva al nieto al descubrimiento de sus antepasados en una especie de mirada retrospectiva y ambigua, pues todo va dependiendo de quien se encuentre en esa búsqueda, por lo que en ella predomina un elemento que particularmente me agrada: el todo se compone de fragmentos, los cuales el lector debe unir y configurar en la búsqueda de la lógica y la línea cronológica, asunto que poco le importa al narrador-amanuense, pues éste también descubre que se heredan caracteres y genios, que la sangre sigue bullendo en ese golpe, no tanto físico como moral, que recibe de su padre cuando éste le encara el poco valor que ve en sus cosas, y le reprocha que no tiene nada y que se la pasa con artistas y escritores, muchos maricones, y con gente de izquierda; y no sólo eso, sino que lo entrega a la policía con falsas acusaciones. En un momento, se pregunta Mario: "¿Por qué me habrá interesado tanto la figura de mi abuelo, si ni siquiera lo conocí bien? ¿Por qué habré querido armar una historia usando los fragmentos irregulares que pude recoger de su vida?".

2. Resaltan en ella los llamados "valores tradicionales" de los antepasados, que en la tierra antioqueña se han abrogado algunos como su patrimonio. Esta familia que llega a Bogotá realiza en gran parte tales valores, los cuales podrían resumirse en: trabajo, responsabilidad a medias, moral

acomodaticia, reproducción enmarcada dentro de la línea patriarcal y exuberancia del machismo en su expresión de la fuerza brutal y abusiva, el licor, el juego, el abandono del hogar, la prostitución y la poligamia en las relaciones sexo-afectivas del gran abuelo. Pero también religiosidad, compostura, trabajo, goce, disciplina, afectos, detalles, baile, música, encuentros familiares...

3. Erotismo permanente dentro de los cánones, y las normas morales y legales de la época. Pero, a la vez, rompimiento de estas normas en la vida práctica y cotidiana, no sólo por parte de los hombres sino también de las mujeres, aunque con menos evidencia y libertad en éstas que en aquellos. A pesar del dominio de la moral y la religión católicas, reiterado en la obra, también es interesante ver cómo uno de los contertulios permanentes del prostíbulo El Paraíso, refugio permanente del abuelo, es el padre Alfonso, párroco de la parroquia de todos; y cómo apenas ocurre un matrimonio católico pues los demás son uniones-desuniones-unionen, además de los hijos habidos con otras mujeres no conocidas por las reconocidas del abuelo. Pero también Rosa, la compañera más asidua de Pedro Pablo, rompe su unión y se casa en Palmira con Ramón, para caer en la misma situación de desamor y de contradicción que tenía antes con Pedro.

4. En la obra hay muchos hilos que la conectan con otros textos, tanto de la historia y del periodismo como de la cultura: la literatura, en especial la poesía, la fotografía, la canción popular, la religión, la tradición, la gastronomía, la iconografía, el folklore y otros más, que dejan ver no sólo la documentación y el bagaje cultural del escritor, sino también su rigor para seguir con pormenores casi costumbristas ese mundo en que se formaron su familia y la capital, y parte de los destinos políticos e históricos de Colombia en su primera mitad del siglo veinte. Es lo que se llama intertextualidad, contraria a la sola voz del autor. Porque Mario Rey, el hombre de carne y hueso que escribió esta obra, la envió a la editorial y luego la presentó en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, no es el mismo Mario de la narración; y su voz no es la voz de la obra, en la cual hay tantas voces y tantos personajes y narradores, que el lector acaba medio loco buscando quién habla. Y en todas las ocasiones no hablan los personajes sino la época, la sociedad de aquel tiempo, los valores y las ideas que imperan, la visión del mundo de cada uno, la religión, la política, la moral,

el inconsciente, los traumas, el odio, el deseo de libertad y de cambio, las luchas populares, los deseos de la gente por un país mejor, la búsqueda de igualdad de condiciones, los derechos que las mujeres necesitaban y deseaban y a medias obtenían como regalos del poder de los machos empotrados siempre en él, la mentira y la duda, la hegemonía del partido conservador, las aspiraciones de los liberales, la violencia, el alcohol, el deseo desenfrenado, la irresponsabilidad y la violencia familiar proveniente fundamentalmente del hombre, y las luchas que se van forjando en la conciencia y en el deseo de todos. Mario, el nieto de Pedro Pablo, poco dice de sí mismo y de la situación; casi que nada dice, sólo escribe, transcribe, interroga, graba, busca, indaga, insiste, viaja, conversa, chismorreá. Y organiza como quiere esa obra que entrega por medio del escritor Mario Rey Perico.

5. De ahí que el lector, a quien no está dirigida explícitamente la obra, encuentre dificultades enormes para identificar a las amantes del abuelo: Tránsito, el primer amor; Carmen Francesca, la gitana y sus dos hijos; Rosa, la mujer a quien fue más fiel; Lucy, la de El Paraíso, su refugio y su amor de juerga y de reposo; Enedina, la sirvienta de la abuela; y las otras que aparecían hasta en la fantasía, ¿o en la realidad?, como María Félix, con quien tuvo un idilio de verdadera novela. Y para identificar a los hijos de quién, porque los nombres se repiten como en toda saga. Y para saber quién está hablando en un momento determinado: ¿el abuelo, el tío, el padre, Mario, Orlando...? Porque, en realidad, el oyente, narratorio o destinador específico de la obra es Mario Rey, quien escucha siempre, graba, conserva y organiza la información, y luego la transcribe. Pero dejemos que sea Mario el que nos cuente su teoría de la novela, de esta novela:

Cuando tú estás al borde del abismo, sientes pánico, y no te decides a lanzarte. Abajo la marea te llama, te arrulla, te incita. Tú descas abandonar la tierra y descender en medio del aire para clavarte en la mar. Pero vacilas y te inmovilizas. Lo mismo sucede cuando aparece el toro. Tienes la oportunidad que has soñado, la tela roja del capote se moja con el sudor de tus manos, tu pie derecho siente el impulso del paso adelante, tu corazón palpita con más fuerza, respiras y sientes el olor a tierra húmeda que te anuncia el peligro, pero no te mueves. Así sucede cuando arranca un nuevo capítulo de tu novela. ¿Para qué escribes? Para exorcizar, para sacar a jugar los fantasmas que viven en ti, para reír y llorar, para olvidar. Pasan los minutos y no aparece ninguna frase, ni una palabra, tus dedos quieren escribir y no te decides, transcurren las horas y entiendes entonces, un poco, el cuento aquel de la escritura como dolor, y el mito del pánico a la página en blanco.

Te ríes. Lo mismo pasa cuando tienes frente a ti a un grupo de personas y vas a hablarles; todo tu ser es una inmensa lengua que quiere decir y no se atreve. Tus manos tiemblan, y tú aprietas el puño para que no se note. Tus pantorrillas tiemblan, y tú tensionas las piernas, las empujas con las rodillas hacia atrás, encoges los dedos de los pies, subes el empeine. Temes decir pendejadas, sientes pánico al sólo imaginar que la voz se te pueda ir justo cuando inicias tu discurso o cuando estás en el momento crucial. Te duele la garganta. Miras al frente, los ojos y los oídos están atentos a lo que vas a decir. No te puedes demorar mucho, hay un único instante para saltar, porque las olas del mar van y vienen y debes sumergirte cuando suben, cuando el fondo está más profundo, si no, te jodes. Debes dar el paso y sorprender al toro, enseñarle desde el primer contacto que tú eres quien manda. Tienes que escribir la primera frase antes de que el cuento de la página en blanco te domine. Tu voz tiene que salir y romper el silencio, no puedes esperar más. Incertidumbre. Miedo. Deseos. Sueños. Y entonces das el paso y te lanzas al vacío. Y eres el miedo, el valor y el sueño. Eres la tierra, el aire, el mar, la arena, el toro, la tela, el papel, la tinta y el público. Eres el acto y la palabra. Después, sólo agua. Después sólo animal. Después, sólo palabra. Y fluyes. Eres palabra y fluyes. Fluyes. Palabra. ¡Fluye, palabra! ¡Juega, palabra!

La obra de Mario Rey llega como un hito esperado para seguir conformando la historia de nuestra nacionalidad, para descubrir los otros vericuetos que llevaron a tantos colonizadores o desplazados o desarraigados a las grandes ciudades, en búsqueda de trabajo, de un lugar tranquilo para vivir, de mejores oportunidades para criar y mantener a la familia, y de un lugar en el mundo. Y así se formaron las ciudades, la capital, el país. Con un dejo de costumbrismo y con la fluidez natural de los narradores, Mario Rey Perico recoge el legajo de papeles que le entrega Mario Rey, el nieto de Pedro Pablo, narrador de la obra, y nos la entrega para que nos dejemos llevar por la propuesta de una vida llena de todos los valores y contra-valores de nuestra sociedad, y lacrada por los signos que nos identifican y nos avergüenzan también en Colombia.

En las ciento veintinueve veces que se dice "ala" con el tono y el sentido bogotanos, se identifica claramente que el narrador acaba siendo el narratario o destinador de las voces-historias que recibe, y en las que se busca ansiosamente. Y nosotros, por su intermedio, acabamos siendo atrapados tanto por el narrador (todos los que hablan), el personaje, el narratario (Mario Rey) y el autor (Mario Rey Perico).